

LA CARTA DE
LOS CUATRO
SELLOS

Rafael Vidales
Tamayo

LA CARTA DE **LOS CUATRO** **SELLOS**

**Rafael Vidales
Tamayo**



La carta de los cuatro sellos
Rafael Vidales Tamayo

Todos los derechos reservados por el Autor
Registro en trámite ante la Dirección General de
Derechos de Autor de la SEP.

Edición Digital:
Enero 2010

Creativos7editorial:
Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales
Culiacán Rosales, Sinaloa, México
C.P. 80230 Tel. 01667-4556615
Cel: (667) 175 7817
E-mail: creativos7editorial@hotmail.com

Diseño Editorial:
Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

“Los libros hacen hombres libres”.

Hecho en Sinaloa-México
Printed in Sinaloa-México

La carta de los cuatro sellos

O la angustia de la muerte entre la furia de los indios yaquis y la valentía del Capitán Martínez de Hurdaide.

Rafael Vidales Tamayo.

Con mucho desaliento, gran tristeza y copioso llanto, fue recibida la noticia de que el Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide había muerto a manos de los aguerridos indios yaquis. El Padre Martín Pérez, Superior de las Misiones Jesuitas, en la Villa de Sinaloa, no podía contener aquellas gruesas lágrimas que brotaban con abundancia a cada nuevo relato de los desfavoridos soldados que, vergonzosamente, habían huido del último ataque de los indios, dejando al Capitán en lugar seguro de su muerte; y fue tanto el miedo que estos soldados acumularon en sus corazones, que de una sola vez y corriendo, habíanse venido desde el campo de batalla en las orillas del Río Yaqui, hasta este lugar, distante cincuenta leguas.

No hicieron comentarios de su cobardía, aunque si relataron con gran detalle la embestida de aquella multitud de indios que, según sus imaginarios cálculos, llegarían a unos diez mil, todos ellos guerreando.

-“¡ Pobre Don Diego !, descanse en paz su nobilísima alma”.

Nadie había visto su cuerpo yerto; nadie había contando el número de flechas ensartadas en su cadáver; pero aún cuando así no había sido, de todos aquellos diez y ocho soldados, el Teniente y cinco más, por lo menos, se dieron cuenta de la cantidad de sangre que cubría la cara y los brazos del Capitán. ¡ Y habiendo sido tan furioso el último ataque !, de seguro que en estos momentos los indios yaquis estaban bailando con la cabeza de Don Diego y ¡ ay señor !, clavada en la punta de una pica.

Rafael Vidales Tamayo

El Padre Martín Pérez no podía ya soportar los suspiros de llanto, de congoja, de gran preocupación y desaliento, ante los relatos al parecer verídicos y que otra cosa sino la verdad pura y cristiana deberían de decir aquellos españoles de rostro más blanco y desencajado que demonio alguno pudieron ver. ¡ Ahí están por testigos sus destrozados vestidos y sangrantes cuerpos !. El miedo que estos soldados tienen, no se les ahuyentará en todos los días de su vida.

¡” Pobre Don Diego !. Descanse en paz su nobilísima alma”.

Sí, era verdad de un alma colmada de nobleza y con todas las cualidades y dotes que se requiere para ser un Gran Capitán.

El Padre Andrés, a la vera del Padre Martín, con tristeza, pero con orgullo y entereza suprema, expresó:

-“ Quede por mi dicho las grandes partes de valor, prudencia, virtud y demás calidades de este Capitán, que sin duda se puede contar entre los insignes que han militado y servido a Dios y a su Rey en el Nuevo Mundo, y sus esclarecidas obras son merecedoras de ilustre memoria; porque a ellas debe la Provincia de Sinaloa en todo o en gran parte, la extendida cristiandad de innumerables almas y naciones que la pueblan”.

Hizo una pausa, como para tomar aliento, y luego continuó:

-“Nació el Capitán Diego Martínez de Hurdaide en la ciudad de Zacatecas, en la Nueva España, rica de abundantes y copiosas minas; su padre fue vizcaíno de nación y su madre nacida en la Nueva España; personas muy honradas. Fue, desde muchacho, muy adelantado y de grande ánimo, que le inclinó a la milicia, y así comenzó a ejercitarse en ella, siendo de pocos años; de suerte que yo le oí decir al Gobernador y Capitán General de la Nueva Vizcaya, gran soldado, Don Francisco de Ordiñola, que fue el primero con quien asentó plaza de soldado, que viéndole de tan poca edad los demás soldados, le decían que cómo daba plaza a un muchacho de tan pocos años ?. El les respondió: “Dejadlo, que éste ha de ser un demonio”, quiso decir en coraje y valor”.

-“ Tenía grande prudencia y reporte para acometer las empresas, que en ellas, muchas veces, más se alcanzaron las victorias por la industria valerosa del arte militar, que por las armas”, dijo el Padre Pérez de Ribas, después de transcurrida una pausa, para continuar de esta manera:

-“ Cuando convenía y era menester la presteza y ponerse

La carta de los cuatro sellos

sobre el enemigo, era un rayo del cielo, y la ejecutaba antes que él lo pensase. Y por otra parte, cuando veía que no había seguridad en el acometimiento, no era arrojado, ni precipitado en las armas; antes con prudencia militar y suspensión de armas, gastaba las fuerzas y deslumbraba del acometimiento al enemigo”.

¡ Cómo se lamentaban de su muerte !

Hería en lo más profundo del corazón de soldado que aquel Capitán que por más de treinta años y al través de más de veinte campañas de mucho peligro que tuvo con los naturales de las Provincias de Sinaloa y Sonora y que nunca, ¡ pero nunca !, celebraron los indios d haber bailado con cabezas de españoles en tiempos del Capitán Hurdaide, ahora lo hayan con la de él. ¡ Corre por el cuerpo un calosfrío de pensar lo que será de la piadosa obra cristiana defendida tan tenazmente por el Capitán Don Diego !. Si a él, que hizo respetar las cabezas de tantos españoles y por tanto tiempo, ahora habían bailado con la suya, seguro era que la cristiandad sufriría gran merma y necesario era pensar en qué providencias habrían de tomarse.

Así lo pensó el Padre Martín, y reponiéndose de la aflicción que lo tenía en desfallecimiento, empezó a despachar cartas y noticias a todos los Padres que se encontraban esparcidos en las villas y poblados cercanos, para que se reunieran en esta de Sinaloa, previo aviso de la enorme desgracia que acababa de acontecer. Seguro que en el relato, algunas de sus lágrimas mancharon los pliegos del despacho.

Cuando hubo terminado, el Padre Martín ordenó se hicieran los preparativos para celebrar, el día siguiente, una solemne misa por el alma de Don Diego Martínez de Hurdaide y que, al caer la tarde, tocaran a difunto.

Por el villorrio, cuando el sol manchaba con sus colores purpúreos y de rojo sangre las nubes desgajadas, se escuchaba el patético, lento, quejumbroso repique de campana. Los moradores, de rodillas en el suelo, se apretaban el corazón:

– “ Descanse en paz la nobilísima alma de don Diego Martínez de Hurdaide, el Gran capitán de Sinaloa”.

El padre Méndez vió partir a la pareja y no podría decirse quien contenía en el cuerpo mayor alegría: Si el Padre, que elevaba alabanzas al Señor por la obra realizada, o los recién casados que, como palomas, marchaban con paso menudo haciéndose demostraciones de mucho

Rafael Vidales Tamayo

amor. Era una obra de Dios Nuestro Señor, no cabía la menor duda. Sólo El pudo haber domeñado a esta india casquivana, de hechicera hermosura, coqueta, de una belleza rara entre las demás indias mayos, que se preciaban en aumentar con mil galas, embijes y colores, robustecida por el modo cimbreante que ponía al caminar, contoneándose para provocar el pecado de los indios casados y causando todo género de escándalos, enredos y tragedias, por aquellos pueblos situados a las márgenes del Río Mayo. Parecía que su oficio consistía en quitarle a las casadas sus indios, llevarlos a su regazo, embrujarlos con no se sabe qué clase de brebajes y amoríos y despacharlos perfectamente turbados e inservibles para hacer un buen hogar con sus esposas, a las cuales abandonaban, dedicándose, desde ese momento en lo adelante, a emborracharse y a causar disturbios entre el vecindario.

Y parecía que aquella hermosa hembra, al entornar de tal manera caprichosa y rara forma sus cintilantes ojos, los indios se desprendían, al momento, de sus hogares y la seguían hasta la perdición completa de sus almas y de sus cuerpos.

Era a la manera de un demonio enviado en forma de mujer, por el mismo diablo, pues se regocijaba e aprehender entre sus tibias y mórbidas garras femeninas, a los indios conversos y casados, como ya se ha dicho. Usando de escondidos filtros amorosos, volvía ciegos a dos, tres y hasta cuatro indios a la vez.

Y más aún parecía confirmarse el hecho de que provenía desde los recintos del infierno, porque siempre escondía su figura ante la presencia del Padre Méndez, escurriéndose entre las otras indias con quienes conversaba y desapareciendo como por obra de su mandante. El Padre Méndez, celoso de su investidura y de su misión cristiana, procuraba convertir a la mayor cantidad posible de indios, ya ancianos, ya menores, ya jóvenes o maduros: su actividad era asombrosa y llegaba, en un solo día, a bautizar más de quinientos y enseguida unir en santo y eclesiástico matrimonio a veinte parejas, después de lograr que los indios escogieran entre sus dos o tres concubinas a la de su preferencia, trabajó éste que requería no poca paciencia y si mucho tino. Y extremaba aún mayormente el celo de su ala misión cristiana para aquellos indios que, por sus grandiosos pecados, más necesitaban del santo bautismo, para que una vez encontrada la muerte, ingresaran a los ejércitos celestiales. Por ello le cabía en congoja la condición y

La carta de los cuatro sellos

la maldad de esta india gentil. Como la obra de Dios estaba a la mano de este misionero, un buen día, cuando paseaba por las afueras de la villa, la encontró justamente con otras indias. Resaltaba su belleza y los afeites habían sido mayores, seguramente con la perversa intención de prender a alguno de los indios que deberían pasar por esa vereda, enredándolo con su melosa voz. Al darse cuenta de que el Padre Méndez se aproximaba, pretendió esconderse, pero era ya demasiado tarde; el Padre la había visto y la llamó al instante:

-“ ¿ Porqué no tratas de bautizarte, cuando ya hay tantos cristianos en tu nación ?”, le preguntó el religioso con mansedumbre, recibiendo por toda respuesta un ¿ para qué ?”, si no tenía hombre con el cual casarse; usando en sus palabras un tono airado, casi insolente. El padre le prometió encontrarle marido, pero sus insistencias resultaron vanas, dejándolo plantado la india y emprendiendo una graciosa carrera que envidiaron todas sus compañeras.

El Padre Méndez, persistiendo en su propósito la mandó buscar. A los tres días la encontraron; se había amancebado con un indio, casado también, y ya llevaba con él desde que el misionero la había visto por última vez. Se comentaba por todo el vecindario cristiano la maldad que la perdida había causado, pues el amoroso infiel marido abandonó a su familia, su mujer y diez hijos con muchas obligaciones, llevando desde el instante mismo en que se juntaron, una vida de dispación y borrachera, que era un contento. Cuando la india estuvo frente al Padre Méndez, aún obrando éste con mansedumbre, le dijo:

-“ Hija, muda de vida; conviene a la salvación de tu alma escoger marido con quien vivieres en servicio de Dios y acabes de asentar el paso”, con lo que consiguió que la india aumentara aún más la cólera que traía dentro de su corazón, el cual, de tanto palpitar, ya no le cabía en el pecho.

-“ Tres días ha que tengo uno; y éste será como los otros que ando remudando”, le contestó insolente.

¡ No lo hubiera dicho !. El beato Padre se irguió y con toda autoridad y con voz muy grave la llamó al orden, reprendiéndola severamente y diciéndole:

-“ ¡ Cómo te atreves a hablarle con esta libertad al que es Padre y que les enseña la palabra de Dios ?. ¡ Híncate de rodillas !”. Al instante se operó la transformación, pues aquella mujerzuela, perdiendo toda

Rafael Vidales Tamayo

su energía maldita, obedeció sumisa al reverendo Padre, hincándose y despojándose de cuanto afeite provocativo llevaba encima, cubriendo algunas desnudeces que se insinuaban y constituían la principal trampa de los hombres. Pidió el bautismo, y el Padre, aprovechando el momento, lo efectuó, tomando por padrinos los sirvientes de su Misión y poniéndole, por nombre, el de Magdalena, quizá en remembranza de la salvación operada por Cristo en el alma de la Samaritana.

Así, después de conseguir marido para ella, la había casado “in facie ecclesiae” y hoy veía partir, gustoso, la pareja de amorosos esposos.

En la grandeza de Dios y todas sus bondadosas obras meditaba el Padre Pedro Méndez, cuando fue turbado por el anuncio del mensaje que le enviaba el Superior de las Misiones de Sinaloa, por el cual se habría de enterar que el Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide había muerto a manos de los indios yaquis y que se concentrara a la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa donde se tomarían algunas providencias para salvar la obra cristiana que con tanto amor habían construido los misioneros de la Compañía de Jesús y que tan bien había resguardado el desaparecido, por tanto tiempo, viendo que el mundo se les venía encima y que perderían lo hecho, de no tomarse alguna seguridad conveniente. Y se urgía al Padre Méndez para que se hiciera acompañar por los demás religiosos de las misiones de los pueblos mayos, en previsión de algún desastre por parte de los fieros yaquis que, según la noticia, no tardarían en incursionar por aquellos rumbos.

El Padre Méndez no salía aún de la sorpresa, pues conocía al Capitán y sabía el valor que éste representaba para la obra evangelizadora de las Provincias de Sinaloa y de Ostimuri, y no encontraba el modo de comportarse, ora sosegando su llanto, ora conteniendo su pánico, pues quería a Don Diego con especial afecto y sabía de la furia que los yaquis ponían en sus guerras.

El Padre Méndez estimaba a Don Diego Martínez de Hurdaide con el aprecio que se tiene a un hijo, y no era para menos, pues los muchos triunfos de la santa fe cristiana en estas tierras se debían, en gran parte, a la mano férrea de este hombre y al empeño que había puesto en lograr las conquistas que hoy constituían el orgullo de la Compañía de Jesús, en las Provincias de Sinaloa y Sonora, a cuyas hechuras se debió que, más tarde, el Rey expidiera la Cédula

La carta de los cuatro sellos

de Extrañamiento y se expulsara de la Nueva España a los jesuitas y se les vejara de mil maneras, hasta reducirlos a la cárcel, acusándolos de enriquecerse y maltratar a los indios. Casi no había faltado aprieto en el cual no estuviera el Capitán para salvar al Padre Méndez de sus dificultades y consolidar la Misión que estableciera, donde quiera que esto fuera.

Era mucho el aprecio que se le tenía al Capitán Martínez de Hurdaide, por parte de los Padres Jesuitas y aún cuando no hubiere sido mucho el tiempo que estuvieron juntos, en estos trabajos de conversión de los naturales a la fe cristiana, el agradecimiento y la bondad del Padre Méndez había ido creciendo, hasta encontrar en la figura pequeña, robusta, deformada, de Don Diego, un enviado con toda la fuerza y la inteligencia divina suficiente para dominar a los indios, en la forma tan absoluta, como hasta el momento había sido. Con la muerte del Capitán, se volvían vanas las esperanzas de redimir a otras naciones indias y se sentía ya el crepitar de los cimientos de las conquistas de la santa fe, logradas con tanto martirio, con tan alta paciencia, con hasta el sacrificio de algunos padres jesuitas, como la muerte de aquellos ocho religiosos de la Compañía de Jesús por las bárbaras manos de los “tepeguanes apóstatas alzados” y la otra horrible muerte que se les impuso, por los indios de la nación guazapari, a los santos padres Julio Pascual y Manuel Martínez, los cuales, después de encontrarse medio muertos por la saña que pusieron en atraparlos, “pasaron por tormentos de fuego, de humo, de baldones, de heridas, de flechas, cuchillos y macanas”, hasta que el Señor se apiadó de ellos y los llamó a su santo seno. Y le vino a la mente la versión que había circulado sobre la suerte que corrieron los cadáveres de estos virtuosos: Que los indios, atormentados por el remordimiento del gravísimo delito que habían cometido, cortaron trozos de la carne de sus cuerpos y la comieron, pensando, seguramente, en purificar sus almas con la digestión de tan raro alimento y que fue ésta la causa por la cual, cuando los chinipas los recogieron, estaban destrozados y faltos de partes.

¡ Qué horrible infierno volvería a ser éste !. La furia de los indios, desbocada, sin freno, sin temor de Dios, sin temor de las armas, sin ningún dique, arrasaría las misiones y las obras de la cristiandad, sin contar que las idas de las “gentes de razón” peligraban sobremanera.

Era mucho el afecto que sentía por el Capitán; pero también

Rafael Vidales Tamayo

grande el miedo que lo embargaba al ver que los indios se levantarían y destruirían todo aquello que significara cristiandad..... ¡ y la vida también !. El Padre Méndez, muy religioso, escrupuloso en las cosas de Dios, meditaba seguro de que, al morir, lo recibiría la gloria con la quietud de su inmensidad....¡ pero esto no le quitaba el miedo a la muerte !.

Húmedos los párpados del llanto, aquel viejecillo virtuoso, con paso lento, pero firme, salió de la Misión y ordenó a uno de los sirvientes que llamara a los otros misioneros.

Cuando estuvieron reunidos, les comunicó la nueva infausta y les anunció que, obedeciendo las órdenes, partía hacia el Colegio instalado en el Presidio de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa para tomar acuerdos con el Padre Pérez, Superior de las Misiones, y los invitó para que, si lo deseaban y temían la furia de la indiada, que seguramente se desbocaría o que ya estaría próxima a aparecer por estos lugares, lo acompañaran, indicándoles que la obra del Señor, en estos casos, era providencial y que no había obligación de sacrificar sus vidas, ante las circunstancias y que era más prudente esperar a que el Virrey enviara otro Capitán y refuerzos, ¡ nunca tan efectivo ni tan valiente como Don Diego Martínez de Hurdaide !.

Muy piadosos, con muy alto sentido del sacrificio, los padres suplicaron se les permitiera permanecer en sus lugares y aún se les autorizara para que, con riesgo de vidas o sin él, continuaran la obra evangelizadora a que se habían comprometido.

El Padre Méndez los bendijo; besaron su mano y lo vieron partir.

La figura del misionero se iba esfumando entre delicados cortinajes de amantísimas lágrimas. Menudo el paso, venerada su beatísima persona, se alejaba. Suspiros de tragedia producían calosfrío en los cuerpos de los soldados religiosos de la Compañía de Jesús.

Cuando aquellos dieciocho soldados españoles hicieron la entrada al Presidio de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa y comunicaron a los padres jesuitas de la infausta muerte del “valeroso Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide”, se suscitó entre los religiosos el obligado comentario de la vida y hazaña del militar, pero también de la no menos interesante de los indios yaquis.

Los religiosos, sabedores que el Padre Andrés Pérez de Ribas

La carta de los cuatro sellos

había sido testigo de vista de aquella belicosa nación, por haberle ordenado la Compañía de Jesús que se trasladara de la misión de los zuaques, que estuvo a su cargo, a impartir las enseñanzas de la doctrina cristiana y dar bautismo a los yaquis, interrogáronlo:

-“ La nación yaqui, -dijo el misionero-, es tenida por la más valiente, adelantada y belicosa de todas las de la Provincia. Y no es de mi cargo esta reflexión, sino de Don Antonio de Herrera, el cual hablando de un descubrimiento a que entró a esta Provincia Nuño de Guzmán, Gobernador del Reino de la Nueva Galicia, que cuando llegó a la nación de los yaquis, los castellanos de la escuadra que llevaba, afirmaron no haber encontrado hasta entonces indios más adelantados y valientes, en el extendido reino de la Nueva España”, con cuya afirmación acongojó aún más a los ya constreñidos operarios de Dios.

Y luego continuó haciendo eferencia a las constancias señaladas:

-“ Salieron diciendo los castellanos de la escuadra, que no habían hallado en otras muchas naciones, con quienes habían combatido, tal coraje en pelear como el de los yaquis. Porque no desmayando, como otras, en ver cuerpos muertos de los suyos y tendidos por el campo, antes haciendo pie sobre ellos, enarcaban con más furia sus arcos diciendo: “mata, que muchos somos”, sin aflojar un punto en la pelea”.

El Padre Andrés, expresivo, parece estar viviendo lo que narra. Pone tal vida en sus palabras, que éstas parecen salir del punto mismo de los acontecimientos que describe.

Luego dice:

-“ Otra cosa que yo noté cuando entré al bautismo de esta nación: Y fue que apenas hallé indio que no tuviera nombre derivado y significativo de muertes que hubiese ejecutado: Como el que mató a cuatro, cinco o a diez, el que mató en el monte, en el camino, en la sementera”. Y luego aclara, con voz trémula: “Pero cuando quise hacer diligencia con los yaquis, por quitarles con el santo bautismo estas memorias bárbaras, no se pudo ejecutar, por tener todos nombres de muertes, sin hallar otros en su lengua con qué suplirlos...”

-“ Para que entiendan cuán belicosa y guerrera fue siempre esta nación”, sentenció, rubricando la descripción anterior.

Al escuchar estas últimas palabras, los padres misioneros se estremecieron y algunos de los demás oyentes hicieron intento en

Rafael Vidales Tamayo

voltear, como para cuidar las espaldas, pero el miedo les engarrotó el cogote.

-“ En lo demás, las costumbres gentílicas corrían en esta nación: Embriagueces, bailes bárbaros con cabezas cortadas de los enemigos, uso de muchas mujeres, hechicerías y hechiceros en grande número y otras semejantes”.

-“ ¿ Y cómo son los yaquis ?”, preguntó interrumpiendo uno de los muchos espectadores que habían acudido con motivo de la tan escandalosa noticia del fallecimiento del Capitán Martínez de Hurdaide. El Padre Pérez de Ribas, muy circunspecto en este momento y sabedor que era el centro de la atracción, describió con mucha confianza en sus palabras:

-“ Son estos indios generalmente de más alta estatura que los de las otras naciones y más bien agestados en hablar alto y con brío, singulares y grandemente arrogantes, al grado tal que en habiéndole llamado la atención a unos destos, por parecerme seña de arrogancia desusada en otras naciones hablasen en aquel tono arrojado, así la respuesta era: “ No ves que soy yaqui”, y decíanlo porque esa palabra significa el que habla a gritos”.

Y continuando con algunas otras narraciones sobre la manera de ser de los famosos indios yaquis, refirió:

-“ Los varones andaban desnudos; ellas con lo que se cubrían era con yerbas y la barba y brazos se labraban al modo de las moras de Berbería y los ojos con alcohol; las orejas adornaban con unos lazos de hilos de algodón azul, porque agujerándolas alrededor, colgaban de ellas algunos dijecillos y aún los varones hacían lo mismo; colgando también de la ternilla de la nariz, que taladraban desde niños, unas pedrezuelas a modo de esmeraldas”, haciendo muecas y ademanes que querían significar la manera y lugar en que los usaban los naturales.

Los oyentes permanecieron mudos un tiempo, inmóviles en sus lugares: En el grupo circulaba un halo estupefaciente y pareció, en un momento dado, que todos emprenderían la retirada, meditando en la condición de aquellos indios que habían truncado la carrera militar más brillante de la Nueva España; cuando el Padre Andrés continuó:

-“ Es nación tan populosa, belicosa y arrogante, que jamás habían tenido comercio ni amistad con españoles, ni con las demás naciones...”

La carta de los cuatro sellos

Estas palabras surtieron, en los presentes, el efecto de sacarlos de su adormilado estado y picarles la curiosidad, más aún. Por ello, uno de tantos, hizo interrogación al Padre para que, si había visto aquella nación, les describiera cómo eran sus alrededores.

-“ El Río Yaqui, -dijo-, que es de los mayores que corren por la Provincia de Sinaloa, viene a ser casi tan caudaloso como el de Guadalquivir; tiene su nacimiento de las altas serranías de la cordillera de Topia, a distancia de cincuenta leguas de esta villa. Desde que sale de las serranías, corre por llanadas y entre algunas lomas, por espacio de treinta leguas, hasta desembocar en el brazo de Californias. En las doce últimas leguas, a la mar, está poblada la famosa nación de yaquis, que goza de muchos valles, alamedas y tierras de sementeras, las cuales cuando el río trae sus avenidas y crecientes, que son ordinarias casi cada año, las deja regadas y humedecidas para poderse sembrar de verano, sin que tengan necesidad de lluvias para sazonarse y gozarse sus abundantes frutos, que lo ordinario es maíz, frijol, calabaza, algodón y otras semillas que ellos usan. La gente toda es labradora, y aunque el sustento principal era de sus semillas, a ese se añadía la caza de monte, que tienen mucha; y los vecinos a la mar grandes pesquerías, donde cogen con grande abundancia varios géneros de pescado. Los yaquis, en su gentilidad, poblaban este río en forma de rancherías tendidas por sus riberas y junto a sus sementeras y el número de estas rancherías sería de ochenta, en que había treinta mil almas”.

Al escuchar el número, por las circunstancias imaginadas, el Padre Martín creyó conveniente dar por terminado aquel coloquio, para ir a despachar cartas y noticias a los padres de otras misiones, invitándolos a reunirse en ésta y tomar algunas providencias. Así lo hizo saber a los presentes, quienes, al instante iniciaron la desbandada presurosos, para retransmitir aquellas palabras a los vecinos que encontraban a su paso, formándose al momento varios grupos y corriendo la voz con pasmosa celeridad.

Por ello, al escuchar los vecinos de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa el toque de difunto de la campana del Colegio, se estremecieron y apretaron tanto su corazón que las lágrimas vinieron a los ojos y, puestos de rodillas, musitaban oraciones y prorrumpían en llanto.

Cuando los vecinos de la Villa de San Felipe y Santiago

Rafael Vidales Tamayo

de Sinaloa martirizaban a sus sentimientos escuchando el repique fúnebre del campanario, ya empezada la tarde, el Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide atravesaba por los más difíciles momentos de toda su carrera militar y de toda su vida, en compañía de otros veintidós soldados españoles. La situación en que fue abandonado por los otros dieciocho restantes había sido difícil y su muerte resultaba casi segura, pero no lo fue tanto, ni el peligro arreciaba con tanta fuerza, como en estos momentos en que se encontraban cercados por todos los rumbos en el cerrito a donde habían ido a tomar refugio, como último reducto para salvar sus vidas, mas que fuese por unas horas.

No se escuchaba en este lugar de la nación yaqui el repique “a muerto” de la Misión de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa; pero si tal cosa hubiese resultado posible, el miedo adentrado en sus espíritus los hubiera desarmado de tan templado coraje y una flecha emponzoñada, una pedrada bien colocada a la cabeza, una pica clavada en lugar delicado o cualesquiera otra contingencia, habría resultado el origen de sus muertes. Pero no, no era posible escuchar aquel desalentador repique que se producía a más de cincuenta leguas. Lo que si ensordecía era aquel tum-tum de los tamborcillos de guerra yaquis, de funesto significado para cualquier otra nación indígena o para cualquier otra partida de españoles que no fueran los que se encontraban al mando del valiente Capitán Martínez de Hurdaide. El calor de la lucha y lo aferrado que estaban a la vida, les mantenía firmes ante el pánico que podría producirles el tamborileo de la muerte y los despavoridos gritos de guerra de aquellos incansables peleadores que de trecho en trecho dejaban despanzurrados a los indios que acompañaban al Capitán: algunos zuaques, otros tehuecos, pocos más mayos.

La enorme confianza depositada en el Capitán hacía que no se desfalleciese en la lucha defensiva y que no se enloqueciera con aquella algarabía y los ruidos persistentes de los tambores, cada vez más cercanos. ¡ No se les hará a los indios yaquis ver clavada la cabeza del Capitán Diego Martínez de Hurdaide y de sus veintidós arcabuceros, en las picas !.

¡ Había que huir !.

La cara del Capitán, ensangrentada por el arañazo de una flecha, resplandecía al sol y por la gallardía con que daba sus órdenes, causaba un especial respeto a los soldados y servía de mucho ánimo

La carta de los cuatro sellos

para continuar en la defensa de aquel pequeño territorio a donde se habían replegado. Y ese resplandecer de su cara, aumentó con la fogata que mandó prender para causar desorientación entre los aguerridos naturales.

¡ Había que huir !

Todo se preparaba, ágilmente, para la huida. La enorme fogata encendida era parte del urgido plan, como lo había sido la orden de que se rompieran todas aquellas jaras que cayeran en las manos, con lo que se pretendía reducir la capacidad combativa de los yaquis. Por todo el trayecto de la retirada se había ido dejando abandonado parte del bagaje, algunos pertrechos, utensilios: todo esto, regado por el camino, entretiene a los yaquis, siempre curiosos en las pertenencias españolas.

¡ Había que huir ! ¿ Pero cómo ?.

El plan había dado resultado en los primeros puntos, lo suficiente para poner a salvo las vidas, hasta el momento, repechados, como se encontraban, en este cerro que sólo distaba media legua del majestuoso río Yaqui. Pero la situación había empeorado y cada minuto que corría era hacia la muerte: cinco mil indios los rodeaban y las flechas se sucedían a manera de lluvia torrencial, aún cuando bien es cierto que por la distancia a que se encontraban, las jaras llegaban con bien poca fuerza; pero esa distancia no lo era tan grande como para que los disparos no hicieran mella entre la indiada, y resultaba que la puntería de los españoles se había afinado, al parecer por el tremendo miedo de perder la vida, de tal manera certera que a cada balazo caía uno de los guerreros. No era menos peligroso el momento, pues los valientes yaquis, de vez en cuando se aventuraban, por partidas, a correr impetuosos y temerarios hacia la barraca de los cristianos: ¡ No lo hicieran !, pues los arcabuces no dejaban uno solo con vida. Pero este tipo de ataque se venía repitiendo muy seguido, y casi no había tiempo para hacer la carga de los fusiles, peligrando extremadamente. ¡ Era urgente realizar la retirada !, y para ello, romper el cerco.

Sí, pero ¿ cómo ?.

No podía ser este el final de la brillante carrera militar del Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide, dominador de todas las naciones indígenas de las Provincias de Culiacán, Sinaloa, Ostimuri y Sonora: guasaves, zuaques, teguecos, ocoronis, sinaloas, mayos y otros más.

Rafael Vidales Tamayo

Todas se habían rendido a sus armas y su persona era conocida por todas ellas, teniéndosele en el mayor respeto y temor, pues no era como otros capitanes que en el combate resultaban abizcochados y en la victoria crueles: cauteloso, muy cierto, pero siempre a la vanguardia, sabía encontrar, entre los combatientes, al cabecilla y, abriéndose paso por entre la indiada, a fuerza de mandobles, cogíalo por los cabellos, con tal fuerza, que lo derribaba y una vez en el suelo y con palabras muy fuertes lo hacía rendirse y si ello no resultaba posible por la resistencia brutal de su enemigo (quien al menear la cabeza para desprendérselo, parecía que iba a desencajarle el brazo) ahí quedaba en reposo su alma para siempre, ensartada en su espada, la cual usaba con gran destreza, con lo que terminaba la batalla haciendo huir despavoridos a los beligerantes por no tener quien los dirigiera. Y en la victoria se portaba con todo el pundonor de un militar de gran estima: No se ensañaba en sus enemigos prisioneros, sino antes por el contrario, los trataba con todo respeto, atendiendo a su jerarquía, aún cuando también es cierto que no por ello con blandura.

La fuerza de su mano y la nobleza de sus acciones, habíanle granjeado el mayor respeto y sumisión de todas estas provincias. Cierto que alguno que otro grupo, disperso, de indios de vez en cuando se insurreccionaba, pero no contra el Capitán, sino contra algunas autoridades civiles o bien contra de otros naturales, por rencillas propias de las tribus y naciones: ora una india guapa, bien algunas cuestiones de tierras, o acaso odios ancestrales nunca definitivamente mitigados.

En estos casos y por otras circunstancias en que las naciones indias entre ellas mismas tuvieran algunas desavenencias, la sola presencia del capitán era suficiente para que postergaran sus rivalidades y sus guerras, para cuando se retirase. Pero aún cuando no estuviera presente el Capitán, bastaba que una partida de indios llevara en lo alto de una caña de carrizo una carta con cuatro sellos del Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide, para que fueran respetados los portadores y dejados transitar en completa paz.

Por ello, cuando los indios belicosos veían que se aproximaba un grupo, se aprestaban a darle combate, pero no bien se daban cuenta de que la famosa carta de los cuatro sellos venía ensartada en el carrizo, contenían sus ímpetus, dejando pasar a los naturales, con todo respeto, mirando de reojo y medio temerosos, aquel salvoconducto, como si

La carta de los cuatro sellos

se tratara de una resplandeciente Custodia. Y toda esa fama no podía quedar sepultada en territorio de la nación yaqui; aquel prestigio no iba a extinguirse tan fácilmente; los yaquis no bailarían con las ensangrentadas cabezas del Capitán y sus veintidós soldados, como no lo había hecho ninguna nación indígena durante el tiempo que había dominado estas provincias de la Nueva Galicia.

Pero los yaquis pensaban de distinta manera y todo ello porque los rebeldes indios ocoronis Lautaro y Babilonio, les habían informado que los españoles no eran valientes y que no sólo esto, sino que, al fragor del combate, pronto se cansaban. Calentaron las cabezas con el cuento de que resultaba fácil vencer, pues mientras los españoles disparaban un arcabuz, los indios podían flecharlos varias veces.

Lo que más desalentaba a los yaquis y lo que a la vez hacía que pelearan con tanto coraje, era que sabían que en sometidos a la religión cristiana se les quistarían de embriagueces y de tener cuantas mujeres quisieran, ¡ cuando era tan bonito vivir borrachos y acariciados por las hembras !.

Ya habían probado, los yaquis, de la tenacidad y del incansable ímpetu de los españoles, ¡ y no había resultado tan fácil !. De las mañas que les habían enseñado Lautaro y Babilonio, ninguna había resultado y si bien es cierto que mientras el español cargaba un arcabuz ellos podían disparar varias jaras, también lo era que un balazo ponía patas arriba al indio que tocaba y un flechazo no siempre hacía brotar la sangre. A pesar de que la lucha había sido desfavorable para los yaquis, hasta el momento no habían podido coger un español y cortarle la cabeza, de lo que tenían cosquillas en ls manos....Y ya iban perdiendo las esperanzas de hacerlo, pues la tarde caía y aquello no resultaba.

Por la forma de pelear, por la invulnerabilidad de que parecía gozar el capitán Hurdaide, los yaquis dieron en llamarlo “el hechicero”, aumentando con ello sus temores de no poderlo derribar nunca: Flechas iban y el capitán no caía. Su cara ensangrentada y los fuertes gritos que daba, provocaban, en la indiada, más miedo que gusto. Así, cuando le apuntaban les temblaba el pulso y la mayoría daba mejor en tirar a otros y no a él, temerosos de que fuera un hechicero de verdad y les resultara algún embrujo.

Muy reposado se hallaba el Capitán, tirado en el camastro, esperando que la purga que había tomado para remediar un achaque

Rafael Vidales Tamayo

estomacal, obrara sus efectos. Se había detenido en este mineral, llamado Topia, a tomar y curarse la indigestión de una carne seca que había comido. Una larga jornada estaba por detrás y otra de sesenta leguas le esperaba: Iba, el Capitán, con el ceño fruncido, tras cuatro indios que se le escaparon en Zacatecas cuando regresaba de la ciudad de México, a donde había ido a pedir licencia para dar doctrina a la nación zuaca y a otras más de esas latitudes. Y su enojo no era menor por cuanto estos desgraciados indios, según le informaron en este lugar, al pasar por la línea que divide a las Provincias de Culiacán y Sinaloa, dieron muerte a tres indios colhuacanos, les cortaron la cabezas y, dejando sus mutilados cuerpos a la orilla de un arroyo, los ensartaron en las picas y se vinieron bailando de contento. Más no terminaba ahí el enojo del Capitán: Estos mismos malditos, abjurando de su cristiandad, insurreccionaron a los pueblos llamados Ocoroni y Bacobirito, quemando iglesias y dando garrote a los indios cristianos que se atravesaban y que no los seguían.

Todas estas novedades fueron puestas en conocimiento del capitán y subiendo de punto su coraje, se levantó del camastro, tomó las armas, dio algunos gritos ordenando ponerse en marcha y montó en su caballo. Los admiradores mineros de Topia intentaron detenerlo, pero no era momento de moverse con esa purga en las tripas y poner en riesgo la vida por unos indígenas que bien podían ser alcanzados mañana.

La purga no pasó de obligarlo a bajar, repetidas veces, de la montura. Pero con el malestar en el estómago, la refriega que pegó a los bacubiritos fue tremenda, ahorcando a varios de ellos para escarmiento y lanzando admoniciones para aquellos que se atrevieran a bajar los engarrotados cuerpos de sus horcas, pues correrían con la misma desventurada suerte.

Llegó el capitán a la Villa de Sinaloa, donde, con desasosiego lo esperaba los santos padres jesuitas. Atento a las prácticas militares, mandó llamar a algunos indios infieles e inquiriéndoles sobre el lugar donde se habían ido a refugiar los ocoronis y quiénes eran los principales de la insurrección, recibió por respuesta que se habían adentrado en montes y quebradas muy difíciles de atacar.

-“ ¿ El sol entra allí, en esa tierra ?”, preguntó el Capitán a los informantes que ponían dificultad en la empresa. Los indios asintieron.

-“ Pues yo también entraré donde entra el sol”, y acto seguido

La carta de los cuatro sellos

despachó a quinientos indios amigos, llevando instrucciones de que se le entregaran a los cuatro forajidos, caso contrario colgaría a todos los principales.

Para esos momentos, el indio Juan Lautaro y otro de nombre Babilonio, abandonados por la mayoría de los compañeros, temerosos de las embestidas del Capitán Hurdaide y sabedores de que lo que éste decía lo cumplía, emprendieron la fuga hacia la nación de los mayos, acompañados de cuarenta familias que no querían tratar con los españoles ni verse privados de vivir con varias mujeres y de emborracharse, cosas que, según estaba ciertos, les prohibían los misioneros.

No pudo Juan Lautaro convencer a los mayos para que la tomaran contra el Capitán Hurdaide y sus soldados, pues ya conocían de la astucia del militar y de que no se andaba en miramientos para colgar a cuantos no estuvieran en paz. Por otra parte, los mayos eran más dados a vivir tranquilos que andar en correrías donde se dejaba la vida tirada como a un sombrero viejo.

Así, llegaron a la nación yaqui, contando mil mentiras sobre los españoles y enseñando a los pobladores guerreros la forma de vencerlos, mañas para escapara a los arcabuces y peligro de perder su gentilidad si cedían con debilidades y temores.

La mentira que más propalaron Lautaro y Babilonio, fue la de que el Capitán Hurdaide era un miedoso y que ya verían como lo que ellos afirmaban era cierto, pues no entraría disparando tiros, sino que vendría con palabras empalagosas a tratar de convencerlos de que los entregaran y queriéndolos asustar con el viejo cuento de que los colgaría y quién sabe que tantas amenazas más que el capitán nunca cumplía.

Pensaron los yaquis que ellos ganarían la delantera al capitán y que a mentirosos no le iban en zaga; mandaron a Anabailutei a la Villa de Sinaloa para que se entrevistara con él, manifestándole que no querían guerra y que entregarían a los revoltosos, pero que mandara por ellos a los cristianos y les devolvieran unas indias que tenían en su poder. La traición que esto significó, dio principio y origen a la tremenda guerra sostenida contra esta nación belicosa y de tan alto número, que ahora los tenía cercados en este insignificante reducto y en peligro inmediato de perder la vida y de que bailaran con las cabezas del Capitán y sus veintidós soldados.

Rafael Vidales Tamayo

¡ Había que huir !.

-“ Ahora tenemos de dar otro empujón al demonio”. Diciendo y haciendo. Don Diego dio la señal, y los indios teguecos que lo acompañaban en esta tan difícil empresa, como se había puesto, soltaron, al mismo tiempo, quince caballos, azuzándolos; los que, por la sed que tenían, corrieron hacia el río a saciarla. Por la gravedad del sitio, en todo el día los animales no habían probado agua.

La confusión se logró: Los yaquis, ululando, con gran algarada, corrieron tras los corceles.

El pardear de la tarde y una mano providencial, como más tarde afirmó el Padre Andrés, obró en todo esto.

¡ Habían huido !

Con gran premura, sin perder un solo instante, emprendieron una retirada cautelosa, sacando fuerzas de flaquezas y del cansancio, dejando en la maraña pedazos de ropa y gotas de sangre.

No, los yaquis no bailaron con las cabezas de estos españoles y Don Diego se daba por bien protegido de la Divina providencia, que puso todo lo de su mano para salvarlos, y que los allegaba al camino más corto, pues antes de lo pensado, o acaso por el gran miedo que tenían no contaron bien las horas, se encontraron que ya estaba arribando a la rivera del río Mayo, donde, con caras de espanto, grandes ojos desorbitados y sorpresa mayúscula, fueron vistos por los moradores. Y corrido a notificar a uno de los padres encargados de la Misión, éste se presentó al encuentro.

-“ Dios los guarde”, expresó con gran regocijo, al mismo tiempo que una gruesa y muy redonda lágrima brotaba de cada uno de sus enormes ojos rubios.

Se le daba por muerto y aquí lo tenían, un tanto maltrecho por las heridas de la cara y brazos y por la gran y movida caminata que había dado, huyendo del diablo mismo, que son estos indios yaquis, aguerridos como ellos solos y tenaces en la lucha como Lucifer. Reposo. Un poco de agua. Algunos alimentos. Las manos piadosas, misericordes, cariñosas, de los misioneros jesuitas, se prodigaron en bondades para estos guerreros de la paz temporal y vanguardia de la espiritualidad cristiana.

¡ Lástima que no esté aquí el padre Méndez !, quien tantas y copiosas lágrimas derramó por la malhadada noticia de la muerte del

La carta de los cuatro sellos

Capitán Martínez de Hurdaide, a quien tenía en tan alta estima y afecto. Lástima, porque su corazón hubiera recibido un gozo tan general y tan excelso, como la imaginación no puede concebirlo.

El Capitán escribió:

“Dios perdone a los hombres que me desampararon y pusieron a riesgo toda esta Provincia. Yo y los soldados que conmigo quedaron, aunque heridos restamos con vida y vamos caminando poco a poco por el cansancio y los heridos; y porque no se haga alboroto en la provincia con las nuevas que llevarían, despacho por la posta a este soldado que me ha sido muy fiel”.

Y entregó lo escrito a un soldado que le había ofrecido, antes, que trocar su vida por la suya, cambiando de armas y vestimenta, para que, en la refriega y por el gran peligro, los indios yaquis los confundieran y se salvara la vida de su Capitán, que estimaba más importante, a riesgo de perder la de él. Le dio el mensaje, indicándole que se lo entregara en mano, al Padre Martín Pérez, en la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, lo más pronto que sus desfallecidas y cansadas piernas se lo permitieran, para que no se siguiera cayendo en el error de su muerte.

El fidelísimo soldado, apenas iluminado el firmamento con los más tempranos rayos del diariamente rejuvenecido sol, respirando aires de una bendita gloria, encaminó sus pasos hacia la quejumbrosa Villa de los dos apóstoles, llevando la fausta nueva.

-“¡ Nuestro Capitán viene marchando con los soldados que con él nos quedamos ¡”, gritó regocijado el arcabucero que llevaba blandiendo el mensaje en su mano diestra, mostrándolo a los moradores de la Villa de Sinaloa, quienes lo miraban como a un auténtico espanto surgido de la ultratumba.

Al momento se extendió la noticia y no bien había llegado hasta la sacristía cuando ya la gente venía, culebreando, al mitote.

-“¡ Vivos somos !”, le dijo cantarino de contento al Padre Martín Pérez, Superior de las misiones, entregándole el pliego que contenía las palabras que ya están dichas. El beatísimo sacerdote se sentó, aturdido, en una banca, a leer las líneas de su protector temporal y el Padre Méndez, gozoso de saber la verdad, se dejó caer de rodillas con tanta devoción como fuerza, que de no ser por la fe que en ese momento lo llevaba atolondrado, hubiera caído en desmayo por el dolor que después expresó sentir en esas coyunturas.

Rafael Vidales Tamayo

-“ Alabado sea el Santísimo nombre del Señor”, prorrumpió el Padre Méndez, continuando con una breve oración en latín.

Bien se guardaron los miedosos soldados que abandonaron al capitán en tan duro trance, de aparecer por aquella misión y ya se veían sujetos a proceso por falta tan grave en un militar, pues de seguro les darían, cuanto menos, garrote. Presurosos, los jesuitas interrogaban al enviado sobre el estado de salud del Capitán y de cómo había sido posible que estuviera con vida. Pormenores iban y pormenores venían. Todo fue relatado con minucia, con detalle, con giros que alarmaron a los oyentes y con palabras de alabanzas a la providencia y a las astucias y gran destreza del Capitán.

El soldado narraba los acontecimientos:

-“ Y para obligarlos más, les envió en esta ocasión un papel con los sellos de que usaba el Capitán Hurdaide con las naciones indias, para seña de asiento de paz o castigo si la turbasen”...refería a los misioneros, quienes abrían tamaños ojos.

Y luego continuó:

-“ Partieron los que llevaron la embajada y hallaron tan arrogante y soberbia la nación Yaqui, que no dieron oídos a medios de paz; antes cogiendo el papel, lo ataron a una cuerda, y colgándoselo un indio atrás, andaba haciendo befas a vista de los españoles...”

La carta de los cuatro sellos de Rafael Vidales

Tamayo se diseñó en Creativos7editorial

Enero 2010.